

La noche de Cristo

(Fragmento)

Escribe: PEDRO ACOSTA

También los niños fueron los primeros en adivinar cómo aquel silencio que seguiría en adelante al repique a la misa del amanecer, afianzaría esa soledad tan suya que expandía su omnipresencia. A las mujeres les fue imposible aplacar un ansia corruscante, arrobadas entre ahogos suspirados de insatisfacción al ilusionarse imaginando la íntegra placidez de su desnudo, dorado bajo las relencias de la naciente claridad soleada, y ello colmaba la atmósfera de encelamiento. Poco después, el silencio era roto por las risas de los niños y los cantos de los gallos, y las mujeres se resignaban a dejar atrás otra madrugada en que se habían entregado sin siquiera el velo de una sonrisa, turbadas por un goce absorto únicamente en aquella quimera, y saltaban del lecho acosadas por unos desdichados *volvió a amanecer*. Sólo al cabo de una hora se reanudaba el repique confirmando como, durante ella, otra misa, —apenas musitada por el Padre Sariesta—, en realidad volvía a consagrar aquella inmanencia de su poder en el silencio y la soledad.

Pasaron algunos días para que él también lo entendiera de improviso, no tanto por un solivión con la purulencia agria de alguna vaharada en el aire, sino por el deleite de ese preciso encelamiento hostigante en la atmósfera que desencajó al pintor veneciano y le desenfrenó los temblores de su abstinencia. Por el contrario, él lo aspiró profundamente aunque sin éxtasis, sino con la pavora con que lo frunció el recuerdo de los presagios de Valeria Trinidad entre el eco de las admoniciones del Padre Sariesta, *no será tanto el tajo que pueda blandir el Emperador de Ultramar, sino el del Creador llamándolo al juicio final, y el*

de las esencias de espliego marchitándose para afilarle sus olores mortecinos que lo apresuraron a identificar en el pintor otro ángel vengador. Exactamente, al que había esperado largamente, tanto como lo inmemorial del tiempo, de manera que presintió de improviso ser arrastrado a su fin pero sin un solo tumbo, bajo el azote de la congestión paralizante del miedo. Así, de pronto, caía al precipicio de esa pesadilla que por haber creído siempre remota llegó a imaginar imposible. *¿Será mi hora?*, se sorprendió preguntándose entre un espasmo que pudo refrenar, convencido de como lo que sentía solo debía llamarlo miedo, con sus letras atragantadas. Aquel momento inolvidable lo llenó de amargura, cierto del aflojamiento de los esfínteres que remachaba su absoluta degradación bajo esa derrota, y del abatimiento por el repetido *¿es mi hora?*, torturante, como si sólo en esa fugacidad excepcional le hubiese sido permitido interrogar el silencio consigo mismo. Necesitó un esfuerzo sobrenatural para que no lo apabullara el torbellino de los astillados instantes siguientes, desbordado por ese presentimiento de órdago que arrancó de su vistazo al lienzo en que, —por fin—, creyó reconocer su propia mirada, pero cristalina, y siguió con el eco agorero de la voz de Valeriana Trinidad reiterándole el peor de los presagios entre dobles de *réquiem*. Con la garganta anudada por la ansiedad de su llanto imposible por lo inconveniente, lo petrificó la alucinación de una sepultura que cavaban tan profundo como lo abismal del centro del océano, acompasando cada desgarramiento de tierra con tantas maldiciones que bendecían el que no hubiese dejado descendencia. Entonces lo adivinó. Antes de cualquier movimiento del veneciano distinto a los trazos sobre el lienzo, saltó en guardia.

Es el brillo de su estilete, aunque lo disimule con el puñado de pinceles, pensó.

Cortó la ráfaga de esos segundos fragmentados y se aferró a su silencio como nunca antes para convencerse de su inmortalidad, la mente en blanco para martillarse *no será el final*, en éste, el único instante de su pavor a la muerte.

Pero el pintor veneciano fue el primer sorprendido cuando en aquel instante único el padre Sariesta viró de golpe atragantándose sus musitaciones en alharaca indescifrable que lo sacudió con un estupor alelado que le soltó el puño. Su paleta rodó

de canto desparramando un reguero de óleos destripados, surcado por un hilillo escarlata con porosos toques ocres, cuyo serpenteo le desató un rosario de maldiciones.

—¡Habría bastado un minuto!, gritó por último.

Sin lograr callarlo, el Inquisidor comenzó a aspear sus brazos ondeando todos los pliegues dorados de su casulla presa de una convulsa imploración de clemencia, apenas en tensas palabras entrecortadas. A sus espaldas, el veneciano seguía lelo y los dos se fruncióron hasta los tuétanos porque en aquel minuto de segundos fragmentados no pudieron sorprenderle ningún gesto, inmutable entre el sayal.

Con ese silencio imperturbable, un pavor desatado.

Caracoleó entre los traspiés del pintor quien retrocedió intentando huir.

—¡Bastaba un minuto!, se dolió de nuevo al comprender como había sido exactamente ese irrecuperable minuto fragmentado, que concluyó sin embargo con un golpe inconsciente de púrpura que salpicó las filigranas en oro del manto con que figuró cubrir el reclinatorio en que se hincaba su perfil. El lienzo comenzó así a impregnarse de las pompas orladas con flores de lis que él había ordenado olvidar, como tanto le insistió el Padre Sariesta al advertirle que si había aceptado posar sería por una milagrosa excepción, y se empeñó en recalárselo con un desfallecido *Será su última oportunidad*, modulado con una rara inflexión entre atisbos de soslayo.

En cambio, al llegar en ese amanecer encaró esta mirada penetrante y creyó que le descubría la obsesión que lo mantuvo en vela refregándose la soledad de su camastro. Pero en realidad en ese primer momento él temió que si se atrevía a fijarle los ojos de esa manera era porque estaba al borde de desentrañar lo indescifrable de esta mirada suya, y tuvo que acordarse de Valeria Trinidad y sus augurios de pendones enlutados y coronas deshormadas por el agudo coro histérico de las plañideras, tanto revoloteado rito negro y tanto hisopear desenfrenando la gula de la gusanera que supo más ávida en ese instante en que adivinó en los ojos del veneciano un destello repentino no tanto por esa fugacidad de centella, sino porque el Inquisidor se los escabullía, miedoso como un niño, mientras le sorprendía aquel tartamudeado *Será su última oportunidad*,

en ese tono declinante con que terminó susurrándolo al pintor cuando lo tomó del brazo y lo presionó a arrodillarse para recibir la comunión. Entonces éste dejó de encararlo y se volvió al Padre Sariesta.

—Mi confesión de anoche fue completa, le dijo en un raptó de evasión.

—...yo pecador me confieso, se apresuró a interrumpirlo dirigiéndose a los dos en una atropellada improvisación del oficio.

Fue ensimismándolo el ronroneo con que el Padre Sariesta recobraba el hilo de la misa, desvaído a un arrullo que acabó por confundirse al del balance lúbrico del descuidado enmarañamiento del jardín vecino. Tantas hojas y tallos con sus fálicos esguinces le parecieron sustraídos de los grabados recién recibidos de ultramar, ese aflorar lujurioso de manzanas para siempre prohibidas enhebradas a serpientes, que lo convenció de lo irresistible que era la seducción de los venenos bien ofrecidos en las cortes de las cuales vendría quizá aquel pintorzuelo de mala leche, pero dejó de importarle tan pronto obedeció las señales del Padre Sariesta para arrodillarse en su reclinatorio sin manto ni cojín, sino de áspera madera con afiladas astillas. En otro *improntus* creyó acariciar de nuevo las fibras trama-das, y aún frescas y resinosas, del papel con el grabado que concluía en culebras inofensivas escabullendo el rabo de las marañas, y refrenó una pizca de sarcasmo cuando pensó que sólo las serpientes habían perfeccionado su reptar para reservarse cierta opulencia pecaminosa. De allí que los orfebres las prefirieran como modelos para las miniaturas que disimulaban en los anillos cortesanos el picotazo agazapado de los envenenamientos por intriga.

También el veneciano había visto serpientes en la fiebre de su insomnio y sintió la hipocresía de su vaho al tomar y recontar sus pinceles con una meticulosidad retardada por el recuerdo de su pesadilla. *Bastará un minuto*, se reafirmó tantas veces que por último se le volvió un crótalo entre los manotazos a su vigilia solitaria, y así estuvo convencándose sobresaltado por el ahogo de otra noche ardida por la falta de pareja, y volvió a repetírselo al llegar al mirador tiritando la angustia de su frustración. Intentó devolverse ante el primer peldaño.

Con ira se repitió en ese momento que todo aquel desbordado onirismo encelado lo acaparaba él, ese poder absorbente que excluía a todos incluso de los deseos de las mujeres cuando dormían. Sin embargo, en el descanso de la escalera, —acezando su forzada continencia durante días enervados entre el relamerse los labios pegajosos por el sol picante y la reverberación de la sangre por la ensoñación fálica de esa vegetación vecina—, se llenó de un coraje que jamás sospechó, al recordar el movimiento silbado de los labios del Padre Sariesta al secretarle *Será su última oportunidad*. Cayó en cuenta que lo recibía en persona con esa advertencia desde lo alto de la escalera que franqueaba la amplitud del mirador donde él esperaba para hincarse de rodillas sumido en una quietud hierática que debía perpetuar en el lienzo, con llaneza simplona que borraría de la memoria cualquier rimbombancia afrancesada de púrpuras y sortilegios de flor de lis. Después sintió en su carne, lo mismo que él, no tanto la cola de un solivión de aire con la purulencia de alguna vaharada, sino la concupiscencia inescapable de la atmósfera, justo cuando la fila de papagayos pavoneaba sus plumajes amarillentos, verdes y encarnados, con una ostentación que le desenfrenó los apetitos acumulados que le hiciera flotar los huesos y le calentaron el respiro con un jadeo garoso, —y el cosquilleo persistente de un escalofrío—, mientras el eco cercano del oleaje, modosamente ondulado, le precipitaba el paroxismo de su encelamiento que le trabó la mano en la empuñadura del estilete. Fué entonces cuando él pensó *no será el final*, con furiosa firmeza, y al Padre Sariesta se le atragantaron las musitaciones de la misa entre alharaca indescifrable, pero el escribano apareció de súbito.

—No bastaba un minuto, dijo drástico mientras recogía el estilete. Tras un instantáneo cambio de miradas con su señor, se lo devolvió al veneciano.

—Tendrá otra oportunidad, agregó con una repentina suavidad incitante asordinada además por la reanudación del repique a la misa del amanecer, aunque la mañana había avanzado lo suficiente entre el revoloteo de algunas garcetas para que se alzara un rumor a gritos sobre los fuertes vientos que templaban los velámenes a la flota enemiga, impulsada a nudos batientes por su codicia. Pronto volvió ciertas las alarmas de quienes supusieron escuchar artillería aislada en la madrugada, atribuída a las brumas que se espesaban algunas millas mar adentro en

línea recta frente al castillo de “El Hechizado”, pues imponían esos artificios de pólvora fatua para que no chocaran galeones con timoneles enceguecidos. Los más les otorgaron el sentido medroso de las vísperas del saqueo que soltó algunos corre-corre para emparedar petacas con lo mejor de los caudales, poniéndolos a salvo con un empañetar que se temía no alcanzaría a cubrirse de cal blanca, y se animaron proclamando su fe en aquella omnipresencia vuelta a consagrar perpetua por el filo sin mancha del estilete inútil que cayó al suelo del mirador. Cruzó un enjambre de suposiciones por aposentos, zaguanes y corrillos sin que ninguno tuviera en cuenta al veneciano, ni aquel minuto de segundos fragmentados con su encelamiento enloquecido, sino el silencio que dimanaban esos gestos inmutables que desataron el primer pavor de esta jornada que volvería sus ojos aún más indescifrables. Con las conjeturas sobre el poderío de la escuadra que pronto debía aparecer en el horizonte, todos volvieron a acordarse de Blas el Teso avivando la esperanza de su regreso y la fe en esa omnipotencia que vestía el sayal y se apoyaba en un cayado, ahora un tanto encorvada por mirar escrutadora el estilete que el veneciano boquiabierto apenas sostenía en sus temblorosas manos abiertas. *Tendrá otra oportunidad*, recalcó el escribano con voz empañada sin atender la señal de su señor.

—Pronto, cuando pinte un retrato con el Padre Sariesta, se apresuró con un giro vivaz contenido por otra señal displicente, afirmada con un encogerse de hombros que advertía como dejaba de importarle, —incluso que despreciaba—, ese estilete sin mancha de sangre que no llegó a esgrimirse para alcanzar aquel sesgo rutilante, con su golpe certero, que revivía en ese instante entre las sombras que crearon su poder desde un principio llamado a apabullar tantas amenazas. Ni siquiera se curvó, como después pudo recordarlo en su siguiente penitencia acosado por esas dudas y como nunca a solas consigo mismo entre cuatro muros desnudos en el confín del imperio que había recibido de la bendita Providencia el infinito océano y sus costas e interiores, tiritando el frío de sus tribulaciones porque nunca sabría si sufrió agonía, ni menos si expiró. Pero nadie pudo dudar de aquella muerte como tampoco nadie podía decir como había sido su verdadera y fiel imagen.

Fue así hasta el punto de que él mismo llegó a absolverse, convencido de que lo había reencarnado únicamente, cuando volvió algunos días después al altar mayor empuñando el bastón

de mando y las Reales Cédulas con las rúbricas desquiciadas de “El Hechizado”, poseído por la obsesión de encontrar quien pintara de inmediato su retrato con la suma de tantas ratificaciones autoritarias. Resultó un óleo apresurado con rasgos indefinidos, sobre cualquier tabla salpicada de moho y salitre que le brindó un entorno casi coralino, y con unas vetas amarillentas que se resistieron a los colores y lo saturaron de una nostalgia luciferina que le desataría a los esclavos la evocación del tigre divino destinado a la vida eterna, y por lo mismo insaciable con el infortunio de sus enemigos y muchísimo más con el de los judas, y comenzó a llenar las noches con esos cantos a su gloria de padre, por lo cual matarlo, —o intentarlo siquiera—, arrastraría todos los castigos de un Dios imposible de imaginar, ciego de ira como si por fin fuera la liquidación definitiva del universo. Aparecieron después algunos cuerpos sacrificados de hembras que harían proliferar aquel son *zaranga-zaranga musinga mató a una mujé*, temerosos para siempre los nietos de los bubis encadenados a galeras de que se convirtiera en un morimbó que los aterrorizaría rondando entre las tinieblas. Cuando desapareció aquel primer retrato improvisado, todos comprendieron su sino de idolatría lamido por los pringos de velas votivas y cruzado por tantísimos alfileres como los despechos de amor, y los primeros convencidos fueron los del blanquerío que se persiguieron arrepentidos de sus dudas sobre su omnipotencia, pero muchísimo más los esclavos y cimarrones que lo veneraron con el nombre de Macías que saltaría los siglos para repetirse en otros morimbós.

Volvió a ordenar su retrato en un tamaño que duplicara al de su propia estatura y con dorado marco de atiborrados ornamentos auríferos. Y si bien había quedado reducido a pavesas, no era menos evidente que tuvieron que verlo tanto enseñoreado en la arcada de la puerta mayor del fuerte, que terminó por volverse inolvidablemente idéntico a los de todos los investidos por esas Reales Cédulas. De su puño las había lacrado con su sello el mismísimo Emperador de Ultramar después de firmarlas preguntando a uno y otro quien era el escogido y con su repaso desconfiado a la retahíla completa de sus nombres, apellidos y títulos precisos, esa precaución para garantizarse lo intransferible de aquellas consagraciones que fue siempre un rito de adivinanzas e intrigas entre las penumbras de su tapiado alcázar. Lo descubrió mucho antes de blandir el acero que sesgó

esta otra penumbra, —en que, sin embargo, no vislumbraría la silueta de su encorvamiento y su desplome—, exactamente un martes en que comenzó a cavilar que pese a todo llegaría el momento para apropiarse el título que le arrebataría a esos despojos que arrojó al mar, para que con la luz de esa reencarnación volviera a emerger su perenne omnipotencia de aquella confabulación de espectros.

Los sujetó a un ánora a la cual el óxido y las costras de salitre acumuladas por decenios le habían multiplicado su peso, pero que resbaló por lo insondable de manera que volvieron a sobreaguar entre remolinos de espumas que le alegraron a los caracoles el rumor silbado del pleamar. Un súbito encrespar de las olas no alivió el espanto de rumores que lo atribuyeron a un corsario, condenando así esos ripios impregnados de cardúmenes a volver al fondo, atados no a una sino a varias anclas de afiladas garras relucientes. Se improvisó un cortejo que maldijo en ellos todos los saqueos y depravaciones filibusteras, mientras los llevaban a paso lento por la playa en busca de las orillas más escarpadas donde el tumulto los befó, *carne mal nacida que asqueó a las rayas, disfrazado de tuerto para asustar con su parche a los ninfos, arpía de agua salada, brazo de garfio para que se ensucien los loros, grajiento de marimonda, grandísimo hijo de la sodomía de Satanás*, hasta que los niños se saciaron escupiéndolos y a puntapiés fueron arrastrándolos al borde. Comenzaron a sumergirse con una solemnidad que no respetó el borbotón con que los jalaron de un tirón las honduras en que ancló el olvido de su imagen y el nuevo recuerdo de su nombre.